



EUTRAPELIA

MIS CIEN MILLONES

ESPAÑA ha tenido dos Repúblicas. Ninguna de ellas fue producto de revoluciones o disturbios. La primera, instaurada por un acuerdo parlamentario, duró once meses; la segunda, establecida a consecuencia de una votación popular, vivió octo años.

El único desmán, si tal puede reputarse, que cometieron las multitudinarias madriñenas el 14 de abril de 1931 consistió en desmontar de su pedestal la estatua de Isabel II, no para destruirla ni deteriorarla, sino para llevarla humorísticamente al convento de las arrepentidas. La reina castiza, según elegante costumismo de Valle Inclán, acabó yendo, aunque en oficio de rígido bronce, al lugar donde, en carne palpitante, debió recluirse su resignado esposo don Francisco de Asís.

Para derribar a la primera República bastaron simples ademanes militares, sin derramamiento de sangre; para acabar con la segunda hubieron de sacrificarse más de un millón de vidas. Tamaño diferencia provino de tener mayor

arraigo el régimen que en 1931 se dió el pueblo a sí mismo, sin intermediarios. Pero no me propongo disertar sobre este tema. El motivo, o pretexto, que hoy me incita a escribir es el cargo de hondura y excento de aspectos amargos, sirve de eutrapelia.

Sobrevivieron a la primera República sus tres más insignes prohombres, don Nicolás Salmerón, don Francisco Pi y Margall y don Emilio Castelar, y aunque jamás aprobaron que el régimen hubiese sido derrocado por la fuerza — Castelar no le prestó asentimiento al crear el esquilimoso ni al licenciar sus huéspedes que en buena parte nutrieron el ala izquierda monárquica —, a ninguno de los tres se le ocurrió encastillarse en una legitimidad sin efectividad y mucho menos revestirla de ridícula pompa manteniendo un alto tratamiento, bufo ante realidades desoladoras, y estableciendo vistoso séquito de oficiales con forrajeras doradas, susceptible todo de acentuar la caricatura.

De nuestras dos Repúblicas la que de efectivo queda son dos fechas —11 de Febrero y 14 de Abril—, y el hábito de festejarlas con banquetes conmemorativos de ambas proclamaciones. Ello recuerda las libaciones en velatorios campesinos de Méjico. Las condiciones en entornos de los Pais Vasco. En fin, algo semejante a si unos padres celebraran con euforiantes los aniversarios del natalicio de su hijo muerto. Por entendido así, nunca concurrirán dichos festejos, pero eso va en gustos, y sobre gustos nada hay escrito, aunque alguien objetó sagazmente que quien concedió omnimoda libertad para los gustos no tenía bueno el suyo.

El mito, bastante raro, me indujo este último 14 de Abril a hojear el «Boletín Oficial del Estado», del Estado franquista, correspondiente a tan memorable día. Diez y nueve años antes, la «Gaceta de Madrid» publicaba mi nombre en un decreto designándome ministro de Hacienda. Al cabo de tanto tiempo, mi nombre aparecía en el «Boletín», sucesor de la «Gaceta», en un edicto del Juzgado especial de Ejecutorias número 2, presentándose, entre otros publicados, el título de delincuente. El salto es brusco, pero otros mayores y más rápidos me tocó dar. Por ejemplo, de compra de zarzuela salté, en cosa de meses, a crítico teatral. Aquello fue más sorprendente y más divertido.

El Juzgado de Ejecutorias advierte que cuantos tengamos derechos sobre bienes debieran reclamarlos en el improrrogable plazo de treinta días; de otro modo perderán sus derechos, no pudiendo formular después reclamaciones ante ninguna jurisdicción. ¿Qué menos debo hacer yo para secundar a la justicia en su noble afán que difundir el anuncio desde estas columnas a fin de que todos mis acreedores lo conozcan? No puedo imitar a un ingenioso empresario de San Sebastián —cuyo nombre, aunque desde la gloria, donde acaso more, quizás agradeciera verse citado como autor de la tesis— que, adelantándose a toda la tirada del número del «Boletín Oficial de Guipuzcoa» donde se anunciaba la subasta judicial de sus propiedades y dejando un solo ejemplar para la colección del Gobierno civil, logró ver desierta la subasta por falta de licitadores. En el caso presente, además de publicidad extensa, hay bienes abundantes, descubiertos por el jefe de la sexta región militar, quien, conforme reza el edicto de marras, me impuso por decreto de 19 de Mayo de 1938 una multa de cien millones de pesetas. No se trata de bienes mostrencos, entretidos por un general —también mostrencos, sino míos, y muy míos.

Primera duda que suscita esa considerable multa: ¿Se puede imponer alguna, grande o pequeña, a persona que jamás ha existido? Antiguamente los artilleros españoles castigaban a cualquier cañón, desmontándolo de la cuneta o clavándolo en tierra, por fallar sus disparos, pero el cañón, desde luego, existía. Podría haber litigio acerca de si sus faltas eran voluntarias o involuntarias, circunstancia digna de ser apreciada para graduar la pena y para que ésta, por ejemplo, influyese saludablemente sobre los demás cañones. Ignoro si la autoridad militar de la sexta región estaba ejercida en Mayo de 1938 por un general procedente de Artillería. Si force así, dió punto y raya a sus compañeros de arma. Porque yo nunca he existido. Voy a demostrarlo.

Apenas los falangistas hicieron dueños de Oviedo, mi

ciudad natal, realizaron la siguiente hazaña que proclamaron gozosos. Revisando en la iglesia de San Isidro el libro parroquial de 1885 dieron con mi partida de bautismo y, arrancándola, la hicieron pedazos. Me rompieron, pues el bautismo. (Nunca se habrá dicho esto con mayor exactitud). A fin de completar mi aniquilamiento, hicieron lo propio en el registro civil con la inscripción de mi nacimiento. Consiguientemente, no existe ni he existido nunca, al menos cristiana y civilmente. Pertenezco a la nada, a lo increado.

¿Cómo, entonces, castigar a una persona inexistente? ¿Cabe algo más demencial que el espectáculo de mandones contentos en multar a quien no se asomó al mundo? Para que multas y requisiciones tuvieran sentido, sería necesario envolverme en pañales —prometo no ensuciarlos— algo mayores que los de hace sesenta y siete años y llevarme al baptisterio del viejo templo ovetense. Siendo difícil dar con mi padrino de entonces, puede apadrinarme Franco.

Debo atribuir el lapsus de imponer penas a seres imaginarios a que la míra no fue acordada por ningún tribunal cuidadoso de elementales comprobaciones, sino de un generalote, cuyas escuelas besaron respetuosamente, y a quien sin duda no le merecen respeto los cerros. Agregando otro cerro, pudo fijar la multa a mil millones.

Ahora bien, en este singular expediente, además de no existir yo, cual queda probado, tampoco existen los millones, ni mil, ni ciento, ni uno. Todo cuanto de veras existe es el papel malgastado en las diligencias. Por no haber nada, no hay siquiera acreedores. Si los hubiera, deberían prescindir de ilusiones, porque les sería tan imposible cobrar sus créditos como a jueces, escribanos y gollizas percibir las costas.

Si hubiese habido los presuntos millones, ningún anuncio habría de ser publicado. Pero los pensamientos que los hay y que están bien atados con baldique curial. Véase un lindo estraperlo a cuenta de ellos: cambiar por dólares en 1938 los cien millones de pesetas y con parte de esos dólares comprar en 1950 la misma cantidad de pesetas en el mercado negro de Tánger, donde valen menos que ochavos morunos por volcarlos allí a espuertas el Caudillo para adquirir divisa extranjera. Con la diferencia de cotizaciones entre 1938 y 1950, al estraperlista de turno le quedaría una fortuna, rechos sobre 2, presentándose, entre otros publicados, el título de delincuente. El salto es brusco, pero otros mayores y más rápidos me tocó dar. Por ejemplo, de compra de zarzuela salté, en cosa de meses, a crítico teatral. Aquello fue más sorprendente y más divertido.

En la dictadura de Primo de Rivera se multó al conde de Romanones con un millón de pesetas; en la de Franco, yo he sido multado con cien millones. Junto a mí, Romanones resulta un pordiosero. ¡Quita de ahí, pobre! Habrá papapa-

nas que se pregunta rari cuántos miles de millones poseo, viendo que por simple disposición gubernativa se me exigen cien. A promover conjeturas de ese tipo responde el edicto inserto el 14 de abril de 1950, derivado de una resolución de 19 de Mayo de 1938. ¡Qué tramitación más lenta! Esta lentitud ha merecido comentarios al periódico «La Nación», de Buenos Aires, considerándola señal de inextinguibles represalias. ¡Y qué publicación más oportuna! Coronaba oficialmente campañas sostenidas a coro por diarios y radios falangistas contra los millonarios León Blum e Indalecio Prieto. Si Blum fue rico, deléase a fortuna heredada. Si yo no lo soy —¿lo oyen bien mis detractores?— se debe a no haber querido serlo.

Si no hacer volos de pobreza, nunca me sedujeron las riquezas. Pudo haberlas adquirido sin apelar a latrocinios desde el Poder, frecuentemente ahora bajo la égida de Su Excelencia don Francisco Franco, Jefe del Estado, Generalísimo de los Ejércitos y Caudillo de España; pude lograrlas sin infringir ninguna regla de la moral al uso. Tuve en Bilbao amigos millonarios que quisieron protegerme, y no obtuvieron jamás mi agradecencia. Durante el formidable auge financiero de aquella villa en 1900-1901 compañeros míos de redacción y operarios de la imprenta de «La Voz de Vizcaya» se emanciparon del duro trabajo nocturno solicitando acciones de negocios que iban a emprenderse y las cuales alcanzaban fuertes ganancias de efectivo. En el curso de la primera guerra mundial, cuando torres de oro inundaron Vizcaya, vi com-

vertirse en millonarios a canuqueros de café, violinistas y quincalleros ambulantes. A algunos de aquellos nuevos ricos los ayudé yo de manera directa desde la Caja de Ahorros Municipal concediéndoles préstamos cuantiosos para comprar barcos que revendían semanas más tarde a doble precio o amortizaban en un solo viaje... Nunca puse precio a tamaños favores, ni acepté asociaciones reiteradamente brindadas, ni sentí tentación de hacer cuanto otros hacían fácilmente con buenas relaciones e influencias que las mías.

No quisiera reverenciar o saludar a la riqueza que, amasándose ante mis ojos, tantas veces estuvo a mi alcance, por creer —sigo creyéndolo— que no vale la pena. Esto, naturalmente, será imposible que les quepa en la cabeza a franquistas dedicados al bandaje. Lejos de envidiar su vida suntuosa, los compadezco porque, en el fondo, son unos desventurados. Si no quisiera saludar a la riqueza, poco disgustó me causaría despedirme de ella, caso de que, habiendo venido a acariarirme, me fuese arrebatada arbitrariamente. Y, claro, despedirme de los cien millones hipotéticos me causa risa.

Los propósitos infamantes del edicto, herida a quien considerase la honra prenda exhibitoria. La míra pertenece al íntimo paisaje espiritual del que carecen muchos hombres que, cegados por ambiciones de dinero, se enlodan para satisfacerlas. Es un bello paisaje cuyo suave ambiente, entibiando el alma, permite transformar el odio en compasión y el asco en desdén.

Indalecio PRIETO San Juan de Luz, Mayo, 1950.

Primero de Mayo en Méjico

Como era el Primero de Mayo en España? Un grupo de viejos amigos en el desierto evoca la Fiesta del Trabajo en la tierra lejana. Paro, manifestación, discurso, jira familiar al campo... Tiene el recuerdo una vibración de juventud, de vigor, que no han logrado apagar los años, ni los trabajos, ni la nostalgia.

Los viejos amigos recuerdan palabras y hechos, sentados ahora en torno de una mesa en el Centro Republicano Español de Méjico. Llega un momento en que uno de los reunidos dice con acento bañado de emoción: «Recordaremos algún día cómo era el Primero de Mayo en el desierto? Los españoles desterrados han celebrado todos los años el Primero de Mayo en este mismo local del Centro Republicano Español de Méjico, donde ahora están reunidos los viejos amigos dedicados a sus recuerdos. Este recinto ha sido lugar para la reunión conmemorativa, plaza para los discursos, pradera para las excursiones... Todos los años se han agrupado aquí las familias, los paisanos, los amigos. Recuerdos españoles, esperanzas españolas. A veces, también, mística española. Corren los chicos por entre las mesas familiares. Salían de grupo a grupo voces de amigos. Hoy en todo un sano bullicio popular. Es precisamente este ambiente familiar del Primero de Mayo en la casa de los republicanos españoles en Méjico lo que muestra en sus verdaderos dimensiones la verdad del desierto, no como emigración de un grupo político, sino como éxodo de un pueblo. Son las familias enteras descañadas del hogar, arrancadas de cuanto fue su pasado, de lo que era su vida misma... Misteriosamente, en estos Primeros de Mayo del destierro en Méjico se funde con calor humano lo íntimo y familiar de cada uno de estos grupos que lo celebran con lo trascendente y universal de la fiesta.

Recordaremos algún día cómo era el Primero de Mayo en el desierto? La futura evocación dirá entonces que era el día en que más cerca estaba, en su recuerdo, el español proscrito de todo lo que Franco le había arrebato.

Méjico, 5 Abril, 1950. Carlos ESPLA. Diputado republicano por Alicante.

Carta de San Sebastián El timo de la boda Stalin y Franco "están amigos"

to de lenguaje. Algo necesita para entretenerse el representante diplomático de San Santidad, pues no hay concordato que negociar y lo de proveer las diócesis de Victoria, Bilbao y San Sebastián es asunto de escasa monta. Si me meto entre bastidores del escenario periodístico es advirtiéndote que para enterarnos de lo ocurrido y helado en la boda de Carmencita Franco, fue necesario apelar a la prensa extranjera que detalló las cantidades de ostras, salmones, pollos y terneras servidas a los convidados, y el número de botellas de champagne y whisky descorchadas ese día en El Pardo.

A propósito de bebidas, una pregunta: ¿el champagne y el whisky son españoles? Esta vez, contra el estúpido estribillo de Radio Nacional cuando relata cualquier festín oficial, no pudo decirse que se bebía vino español. ¿Pero qué costaba decirlo? Más gordo fue hacer decir en los periódicos que los invitados comieron pan negro. ¡Que cara más dura! Más dura que el pan... el pan negro de racionamiento, no el blanco que ese día, y todos, se amasó en El Pardo.

La boda dió origen a muchos chistes que rodaron por oficinas, tertulias y peñas de café, pero sin encontrar eco periodístico. Son tan verdes que no hay tinta de imprenta capaz de darles su tono intenso.

HOMBRES SOCIALISTAS ANTONIO SANTAMARIA

UN cable seco de Antonio Reina, puesto en Nueva York el 28 de diciembre, trajo la noticia: «Santamaría falleció ayer». Para algunos, tal vez el nombre de Santamaría no diga nada. Para los míos, y especialmente para los que lo trataron, equivale a una historia ejemplar. Hombre de una recumbente moral que raramente se encuentra tan íntegra y maciza, tan austera y humana a la vez, Antonio Santamaría puede presentarse como paradigma de conducta para las jóvenes generaciones socialistas que hayan de seguirnos. Con Santamaría —y lo proclamo yo, que soy muy poco dado a las alabanzas complacientes— desaparece uno de los varones —así, por lo que tiene de varón— de mejor calidad que a mí me ha sido posible conocer. Lo que en otros, de más fama y pregones, no pasa de ser oropel, cuando se les mira de cerca, era en Santamaría oro puro al que nunca le puso precio. Quienes se lo pusieron fueron —por supuesto— los adversarios.

¿Queréis un resumen de esa historia ejemplar? Os la contaré. Fue en Castro Urdiales, la pequeña ciudad que se asoma al Cantábrico, cerca de Santander, donde vivió la luz Antonio Santamaría. Muy mozo se fué a Vizcaya, donde se hizo un obrero metalúrgico excelente. De día trabajaba los metales; de noche leía libros. Ya había prendido en él —y yo con él fuerza— la semilla socialista. De Vizcaya marchó a Ferrol. El Arsenal —trágader de los nombres— le abrió sus puertas. Estaba entonces Santamaría en plena juventud. Su palabra hizo adeptos, conquistó voluntades, despertó y enderezó espíritus dormidos. La huelga revolucionaria de 1917 llevó a Santamaría al exilio. Anduvo por Francia, ganándose el pan con su trabajo, pero entonces todavía no existían los campos de concentración ni se había descubierto esa singular manifestación de la solidaridad internacional que consiste en cerrar todas las puertas al perseguido. Vino la amnistía de 1918. Otra vez a España. Santamaría es de los que no se toman vacaciones en el combate. Y todo el movimiento obrero y socialista de El Ferrol, magnífico plantel de luchadores, tiene en Santamaría uno de sus más esforzados sostenedores.

La Agrupación Socialista de El Ferrol —cuna de Pablo Iglesias— abunda en hombres de valía excepcional, yo sólo por su prestigio personal, sino por sus méritos intelectuales. En el Partido Socialista, la Agrupación de El Ferrol es una de las que gozan de crédito sobresaliente. Sus acuerdos y opiniones pesan mucho sobre los demás. A la presidencia de la Agrupación Socialista, ya Santamaría, en el año 1929, por voto unánime de los afiliados. Pasan los días turbulentos y convulsivos del 30. El 31, en las elecciones municipales que traen en su seno la República,

nada —aquel, en San Sebastián—, valiéndose de don Angel María Castell, director de «La Voz de Guipuzcoa» y corresponsal de «El Imparcial», fue graduando el anuncio de la boda, que comenzó en rumores imprecisos y terminó en la noticia oficial, a fin de amenazar desastrosos efectos sobre la opinión liberal.

Ahora, el sucesor de don Eduardo Dato en la cartera de Asuntos Exteriores, don Alberto Martín Artajo, valiéndose de la agencia hortemericana United Press que, mediante su contrato con la agencia española Efe, percibe subvención del Gobierno franquista para deslizar la propaganda de éste en el extranjero, propala rumores de boda mucho más ruidosa: la de Franco y Stalin. Trátase de rumores falsos. Se pretende dar a entender que habrá un convenio con la U.R.S.S. para establecer comercio, otro para reparar a los prisioneros de la División Azul que continúan en Rusia, y otros para que se sepa que en fin, y con el día, un momento de la escuela del dudillo, de los que han trasladado su cátedra desde el Riff a El Pardo, «Stalin y Franco están amigos».

Utilízase el coco ruso para sacarle dinero a los yanquis, quienes, como hijos del tío Sam, parecen un poco primos. Después de haber perdido boya el timo del entierro, se prepara, basándose también en infundios, el timo de la boda, para lo cual se fabrican en Madrid rumores destinados a la exportación trasatlántica. Si necesitaran eco infernal, lo tendrían en «Yo», «Tu», «Si» y demás periódicos monosilábicos hejia los órdenes del Marqués del gallego, «disponiendo a eclipsar la fama del florentino».

Entonces, don Eduardo Dato, desde el Ministerio de Justicia, manda a don Eduardo Dato, desde el Ministerio de Jus-

Santamaría es electo concejal y preside la minoría socialista. Transcurre el bienio blanco. Comienza el bienio negro, Leiroua, que en ninguna república ha organizado hubiera sido tolerado, por razones de higiene elemental, yergue su cabeza de pavo proyectado en el blanco azul. En su turno morderían los cuarenta ladrones juramentados para dejar en cueros el erario, bajo la mirada complaciente de los virtuosos caballeros de la CEDA. 1934. Octubre. Un gesto desesperado contra la traición y la rapina. Los moros hacen sus primeras campañas en la península desde los tiempos de la Reconquista. Toman Covadonga; violan doncellas cristianas; y algún cristiano que otro, amparados por la bendición benedictina. Se ensaya, en suma, para la gran cruzada de 1936, de la cual el episodio de octubre, en Asturias, no es más que el prólogo. Santamaría, por descontento, va a la cárcel. Y la guardia civil, también por descontento, lo apalea a su gusto, con ese gusto especial que tienen todos los cobardes que visten uniforme y se saben impunes, como lo eran —y lo son— en España casi todos los que portan unos galones y un charrasco, pero de manera especial los componentes del honorable gremio de asesinos por otro nombre llamado Benemérita. Un tribunal de fieros machines, entre feses y regañidos, condenó a Santamaría a más de cuarenta años de presidio. Por poco tiempo. En marzo de 1936, Santamaría abandonó la cárcel para ir a ocupar el sillón de la Alcaldía de El Ferrol.

1936. Elecciones, ganadas implacemente por las izquierdas. En consecuencia, los bravos caballeros militares, instigados por los defensores del orden y de la ley, se sublevaron. Se sublevaron contra la República al grito de ¡viva la República!, porque de otro modo no les hubieran seguido los soldados y porque su honor era lo bastante acomodaticio para aceptar a toda las trancas. Uno de esos bravos caballeros sale a la calle en El Ferrol al frente de sus tropas. Santamaría le comina a ser fiel al Gobierno republicano. ¡Cómo! ¿Habrá quién dude de la lealtad de un militar español? Si sus tropas están en la calle es, precisamente, para defender al Gobierno legítimo. El pueblo nada tiene que temer de él. En el cuartel hay armas. Está dispuesto a entregarlas a los paisanos que vayan a recogerlas, siempre que sean, claro, gente solvente... Uno de los que van, mandado por su propio padre, es el hijo mayor de Santamaría. Es también el primero que el bravo militar hace fusilar tan pronto como los tiene a todos en la ratonera. Después viene ya la batida en grande. Pieza mayor: Antonio Santamaría. El 11 de agosto se reúnen unos cuantos facinerosos que constituyen —dicen— un Consejo de guerra. El que hace de fiscal perora largamente, injuriando a los procesados —son cuatro— mientras los demás se retuercen el bigote, satisfechos de las grandes hazañas que están llevando a cabo. La sentencia es valor fácilmente convenido entre jueces, defensores y reos: a muerte. Estamos al comienzo de la gloriosa cruzada, pero ya se advierte el único que a ser el tono que piensan darle sus ilustres capitanes.

La sentencia, inexorable, debía cumplirse al amanecer de la mañana siguiente. ¿Habrá alguien capaz de contar alguna vez la escena patética que esa noche tuvo lugar en el cuartel de Artillería y en la que fueron actores los cuatro condenados a muerte? Hoy, desde luego no. Pero sí sabemos que durante algunos minutos cuatro hombres, llamados a morir dentro de unas horas, estuvieron disputando no el derecho a vivir, sino el de morir. Porque había posibilidad —y tampoco esto puede comentarse todavía— de que se salvaran dos. Si los muertos —porque murieron, en efecto, al aclarar el día— pudieran hablar, dirían que Santamaría hizo cuanto pudo para ser uno de los que fueron

«La política es una expresión democrática de elección de gentes, y todos deberían hacer una política. Ningún grupo cívico, sea del color que fuere, puede afirmar que un otro grupo de ciudadanos está equivocado al interesarse en asuntos políticos que pueden afectar a sus vidas. Los Sindicatos no quieren dominar los asuntos políticos; pero insisten, sin embargo, en que los asuntos políticos pertenecen a todos los ciudadanos.» — ZIEGLER, secretario-tesorero de la Asociación de Ferrovieros de Cincinnati (Estados Unidos).

Antón de IGUELDO.

ante el pelotón de ejecución. La fuga, de todos modos, entrañaba peligros muy graves. Resuelto el problema de a quienes debían marchar y quienes quedarse, los dos designados para la fuga pusieron manos a la obra. Había que deslizar por una cuerda desde una altura de diez metros aproximadamente. Santamaría fué el segundo, con tan mala fortuna que la cuerda se rompió y Santamaría cayó pesadamente al suelo. Con la cuerda se rompió también una pierna suya y no sé si algunas costillas. Arrastrándose, Santamaría consiguió llegar hasta un maizal cercano, donde se escondió. Allí lo encontraron, poco más o menos a la hora en que debía ser fusilado, dos compañeros anarquistas huidos a su vez, que lo condujeron a refugio seguro. ¡Qué paradojas tiene la vida y cómo acerca a los hombres la desgracia común! Esos dos anarquistas que en agosto de 1936 salvaron a Santamaría eran, seguramente, unos de los que, cuatro años antes, cegados por

Manuel ALBAR. (Termina en la tercera pag.)

Socialismo y Comunismo

HUBO un tiempo en que el Socialismo y el Comunismo parecían identificarse, si no en los medios, en los fines, hasta creerse que podrían algún día fusionarse en un gran movimiento único. Ello fue, desgraciadamente, una ilusión. Actualmente, la distinción se ha establecido en forma concluyente, haciendo de los movimientos —Socialismo y Comunismo— dos procesos económicos, políticos y sociales separados, diferentes y antagónicos en pensamiento y en acción.

El Socialismo es, teórica y prácticamente, un proceso democrático y evolutivo, y el Comunismo es un proceso totalitario y catastrófico. El Socialismo es un movimiento vasto, complejo y fecundo de elevación material y espiritual de las masas laboriosas, mientras que el Comunismo desmorona su acción en una serie de sucesos bruscos y violentos llevados a cabo por una minoría audaz y que se cree iluminada, en beneficio de la mayoría, sin que ella participe en los mismos voluntaria, consciente y libremente.

El Socialismo es consubstancial con la Libertad. Sin Libertad no hay Socialismo. Libertad de pensamiento, de palabra hablada y escrita, de reunión y de indispensables para la cooperación y la solidaridad de los hombres y de los pueblos. Para el Comunismo, la libertad es un prejuicio burgués. Niega libertad al pueblo, y lo somete al único comunista: partido único, prensa única, opinión única, Gobierno monopolizado en el jefe único, omnisciente, omnívoro y omnipotente. Por eso el Socialismo gobierna democráticamente, por el libre consentimiento de la mayoría, y el Comunismo gobierna dictatorialmente, por la imposición violenta de la minoría.

El Socialismo considera fundamental el valor y la dignidad de cada ser humano. El hombre es un fin en sí mismo. Para el Socialismo, que es democracia en acción, el Estado está al servicio del individuo, mientras que el Comunismo sacrifica el valor y la dignidad del humano en beneficio del rebaño, siendo totalitario, poniendo en el individuo un condicionamiento al servicio del Estado.

El Socialismo se propone reducir, hasta abolir, las funciones coercitivas del Estado, entregando las grandes funciones económicas en manos de asociaciones libres de productores y consumidores. En el régimen socialista, la cooperación libre reemplazará a la cooperación forzada del régimen capitalista. El Comunismo, en cambio, hipertrofia los poderes del Estado, entregándole las funciones esenciales de la colectividad. El Patrón-Estado reemplaza al Patrón-Capitalista. Hay, pues, un evidente antagonismo teórico y práctico entre Socialismo y Comunismo. Son dos conceptos políticos opuestos y distintos de la vida individual y colectiva. Y es indispensable comprenderlo así para ajustar a ello el pensamiento y la acción de los socialistas. Toda otra actitud es confusionista y contraproducente.

Enrique DICKMANN, Ex diputado socialista por Buenos Aires, República Argentina, abril, 1950.

Otro aniversario

DE nuevo hemos conmemorado una fecha histórica en la emigración; el Primero de Mayo. Y de nuevo los trabajadores españoles hemos reivindicado la significación de clase que desde su fundación tuvo dicho acontecimiento, sin perjuicio de subrayar las aspiraciones inmediatas del proletariado de cada país. Las nuestras son y seguirán siendo las de liberar a España de la tiranía que viene padeciendo desde la subvención franquista.

En Bélgica, el Primero de Mayo se ha conmemorado con la brillantez acostumbrada, habiendo desfilaron las multitudineras obreras por las principales calles de los grandes centros urbanos, con carteles alusivos al problema leopoldiano, que tanto apasiona a nuestros camaradas.

Hubo paro muy general en Francia, pero la fiesta tuvo en esta nación significaciones muy diversas. Los comunistas la convirtieron en un acto político contra los Estados Unidos; De Gaulle, en un discurso ante militares de parisienses, en un acto contra los stalinianos, y los socialistas y los otros grupos sindicalistas la celebraron con arreglo a la vieja tradición. Los cristianos celebraron una misa en Notre Dame, en París.

Otra manera de desnaturalizar el Primero de Mayo la han ofrecido las multitudineras de los países totalitarios, convirtiéndolo en una exposición de las fuerzas militares y aéreas. Moscú en este sentido batió el record del imperialismo y del militarismo en dicho día.

En los Estados Unidos, como en Inglaterra, el Primero de Mayo carece de arraigo entre las organizaciones sindicales. Hubo paro parcial y acto sin gran trascendencia. En los Estados Unidos hubo, además, una manifestación patriótica.

Por el contrario, la Fiesta Obrera fué celebrada con gran solemnidad en los países escandinavos, en Holanda y en Suiza. En todos estos pueblos tuvo la organización obrera, de acuerdo con el Partido Socialista, la organizadora del paro y de los actos celebrados. En Austria, donde tanta influencia tiene el Socialismo, el Primero de Mayo constituyó un acontecimiento de disciplina y de entusiasmo. En Italia, a causa de las divisiones comunistas, el paro fué general, pero la significación de los actos muy variada.

En España... ¡cuánto dolor y cuánta amargura habrán tenido que soportar nuestros camaradas del interior, al no poder desplegar al viento las rojas banderas! Pensando en ellos, es deber de todos hacer cuanto sea necesario por conseguir la liberación del pueblo español, preparando de este modo un clima que haga posible el celebrar el Primero de Mayo en el territorio nacional, como lo hicieron nuestros fundadores, desde 1930.

Un socialista no puede compartir la ilusión de la reconciliación de las clases y de la paz social. Y justamente porque no la comparte es por lo que es un socialista. Sabe que, no es la quimera de la reconciliación de las clases, sino únicamente su supresión, lo que puede establecer la paz social. — Carlos KAUTSKY.





El S. Social de Ayuda a los Refugiados

OMO ya es público, la Organización Internacional de Refugiados termina su misión por completo en el mes de junio del año actual. La atención y ayuda a los refugiados va a correr, a partir del mes de julio, por cuenta de los Gobiernos de los respectivos países donde los refugiados se encuentran. En Europa, concretamente en la Europa occidental, donde esta ayuda parece que va a seguir prestándose, pero en forma mucho más reducida que hasta ahora. En Hispano-América no parece que se va a prestar otra ayuda que determinadas facilidades de primera instalación, y aun esto no está muy definido.

Por la importancia numérica de los refugiados españoles, es Francia el país que más nos interesa conocer sobre lo que haya de hacerse en cuanto a ayuda a los refugiados se refiere. El Gobierno francés ha decidido que sea el Servicio Social d'Aide aux Emigrants quien se ocupe de este problema. ¿Qué va a hacer con los refugiados españoles necesitados de ayuda, en Francia? Concretamente aun no lo sabemos. Solidaridad Democrática Española ha realizado múltiples gestiones para ver de conseguir la máxima atención para los refugiados, y se le ha prometido poner el máximo de interés; pero en concreto aun no se ha dicho los límites de esa ayuda.

El Servicio Social d'Aide aux Emigrants está revisando en la actualidad todos los expedientes, y parece que ello se está haciendo con vistas a determinar con exactitud la magnitud del problema. Para que todos nuestros compañeros sepan a qué atenerse sobre que clase de organismo es el Servicio Social d'Aide aux Emigrants, hacemos públicos los antecedentes que nos son conocidos.

El Servicio Social de Ayuda a los Emigrantes fue fundado en 1921 por una iniciativa privada para proporcionar asistencia social apropiada a las familias que se encuentran dispersadas por una emigración voluntaria o no. El trastorno que la guerra de 1914-1918 hizo soportar a la economía de los países de Europa central, y, de otra parte, la reglamentación que los Estados Unidos imponían a la inmigración, ocasionaron a las familias que buscaban reorganizar su existencia por la emigración dificultades que se manifestaban algunas veces en el curso de los viajes. Por esto y habiendo perdido Francia varios millones de hombres y faltando la mano de obra para su reconstrucción, comenzó a recibir mano de obra extranjera y entonces se vio afluir los primeros refugiados armenios y rusos.

En 1928 el ministerio de Agricultura encargaba al Servicio Social de Ayuda a los Emigrantes de crear, en ciertos departamentos, plazas de inspección y Comités de protección a las mujeres inmigrantes en la Agricultura. Desde agosto de 1932 el Servicio estaba reconocido como de utilidad pública. El 7 abril 1939 una disposición del ministerio del Trabajo confiaba al Servicio Social de Ayuda a los Emigrantes la misión de organizar el Servicio Social de la Mano de Obra Extranjera. El 19 septiembre 1946 una disposición del ministerio de la Población dio su visto bueno a la participación del Servicio Social de Ayuda a los Emigrantes en todo lo que concierne al reclutamiento y la instalación en Francia de familias extranjeras. De una manera general, el Servicio asegura todas las formas de asistencia social que necesitan correspondencia con los países extranjeros, y, de otra parte, en relación con el Servicio Social de la Mano de Obra Extranjera, desempeña la misión de

servicio social especializado para la asistencia a los extranjeros.

La actividad del Servicio Social de Ayuda a los Emigrantes tiene, pues, dos aspectos: Manifiesta relaciones internacionales con servicios sociales de un gran número de países que le dan su concurso para gestiones y encuestas en todos los países; en el plano nacional, desempeña su misión de servicio especializado principalmente obrando como escalon técnico central de los 24 Centros departamentales actualmente existentes del Servicio Social de la Mano de Obra Extranjera. En este aspecto, tiene encomendada la tarea de preparar asistencias sociales especializadas, de instalarlas en los departamentos donde las familias extranjeras se encuentran en número importante y de suscitar la formación de Comités departamentales del Servicio Social de la Mano de Obra Extranjera. Asegura la dirección técnica del trabajo de estas asistencias y de su documentación por medio de boletines de relación y contactos y jornadas de estudios anuales. Colabora con ellas en todos los expedientes que necesitan un estudio particular, gestiones cerca de los organismos centrales o de relación internacional. Además, está en relación con los diferentes servicios sociales en Francia, sea para dar a las asistencias sociales informaciones y opiniones de su dominio, propio para los casos especiales de los que ellas se ocupan, allí donde no hay asistencia social departamental de la Mano de Obra Extranjera, sea para contribuir a la formación de asistencias sociales por medio de cursos, de prácticas, etc.

He aquí a título de ejemplo, alguno de los aspectos de sus actividades: Reagrupamiento de familias; búsqueda de desaparecidos; en colaboración con los organismos internacionales; establecer relación entre los miembros de familias dispersas, repatriación o reem-

gración; obtención de documentos, de Francia o del extranjero, con vistas a regularización de situación, casamiento, reconocimiento de hijos naturales, declaración de hijos franceses, naturalización, etc. Asimismo se ocupa de la obtención de socorros materiales para las familias extranjeras necesitadas, viudas o huérfanos de guerra, enfermos, desmovilizados y mutilados extranjeros y las intervenciones con vistas a evitar los abandonos de familia y la obtención de pensiones alimenticias. Estas son las actividades más acusadas del S.S.A.E. y ahora que ha recibido un encargo abrumador, se va a poner a prueba su capacidad orgánica y también su competencia y acierto en una labor tan intensa como la que se le acaba de conferir.

Seguimos con extraordinario interés esta nueva etapa del S.S.A.E. y esperamos ver en el próximo mes de julio los resultados prácticos a favor de los refugiados políticos españoles necesitados de ayuda.

Desejamos ver no solo una actividad que no pueen en duda, sino también un amplio espíritu comprensivo de solidaridad humana para con los refugiados españoles. La inmensa mayoría de los refugiados españoles que necesitan ayuda son trabajadores o trabajadores manuales o intelectuales, que han aportado su esfuerzo en todos los aspectos a la causa de la Democracia y de la Libertad. Son también personas dignas que no deben ser despreciadas. Y tenemos la esperanza de que el S.S.A.E. ha de tener esto en cuenta y los refugiados españoles en Francia que necesitan ayuda serán considerados como personas y no como lastre que va no es más que un fardo inútil.

Los hechos nos dirán si esas nuestras esperanzas se ven o no convertidas en realidades tangibles, como es nuestro deseo.

Manuel MUIRO, Secretario general de S. D. E.

Prometemos a los trabajadores españoles...

AS ocho horas diarias, que fue la meta de reivindicaciones del mítin obrero de Haymarket en 1886, hace ya tiempo que fueron conquistadas en EE. UU. y en muchas otras naciones. De hecho, muchos trabajadores americanos, incluyendo los de nuestra propia industria del vestido, están trabajando ahora siete horas diarias o menos, y en la esfera de los derechos sindicales, las condiciones de trabajo, seguridad social y normas de vida, el trabajo organizado ha experimentado también resonantes triunfos.

Por eso este Primero de Mayo halla al trabajador americano más vitamente interesado en los asuntos internacionales que nunca anteriormente. Reconoce claramente que cualquier amenaza a la organización obrera libre en cualquier parte es asunto que concierne al trabajador en los Estados Unidos. He aquí la razón por la cual todos las secciones de nuestro movimiento obrero, especialmente la F.A. del T., han tomado una parte activa en la formación de la nueva Confederación Internacional de Sindicatos Libres; por eso, nosotros luchamos contra cualquier represión que limite el funcionamiento de las Uniones Libres; por eso, denunciamos y condenamos toda esclavitud obrera, no importa dónde esta se manifieste.

Reconociendo como reconocemos que el totalitarismo quiere decir terminar con el comunismo obrero democrático, somos invariablemente opositores a éste, bien sea del Kremlin o del fascista Franco.

A los trabajadores españoles y democratas en particular les prometemos en esta Fiesta Internacional del Trabajo, que nuestra irreconciliable oposición a cualquier medida que pueda abrir las puertas al sangriento régimen de Franco —de frente o por detrás— a la comunidad democrática internacional. No puede haber nada de común entre democratas genuinos y una dictadura que fue elevada al Poder con bombas, bayonetas y tanques de Hitler y Mussolini y que aun hoy sigue ejecutando y encarcelando a los trabajadores organizados, a otros defensores de la libertad y de la justicia social.

Con el espíritu que encarna el Día del Trabajo de 1950, prometemos seguir apoyando moral y materialmente a los trabajadores organizados españoles, así como a los socialistas y republicanos, hasta que el despreciable despotismo de Franco sea reemplazado por un gobierno elegido por el pueblo español mismo. Unidos con ellos iremos adelante trabajando y luchando para asegurar un mundo libre de opresión, pobreza y guerras.

David DUBINSKY, Presidente de la Unión Internacional de Trabajadores del Vestido (I.L.G.W.U.), Nueva York, abril, 1950.

Adolfo SCHARF, Vice canceller del Gobierno de Austria, Viena, abril, 1950.

Imprimerie Spéciale de EL SOCIALISTA, 30, rue Sainte-Marguerite, Gérant: R. DONAS.

Un muchacho de clase media

— Y a ti, cuando eras chico, ¿qué sensación te hacía el Primero de Mayo? —hemos preguntado al hombre que pasó su infancia en la clase media.

— Mi Primero de Mayo —nos ha respondido él—, estaba en las fotografías de «Blanco y Negro», de «Mundo Gráfico», de «Nuevo Mundo»...

Tendría yo doce, trece años —continúa diciendo—. Mi padre era un hombre liberal, que jamás nos orientó por ningún credo religioso; esperaba que nuestra conciencia decidiera algún día. Pero su profesión, en el primer tercio del siglo y en un pueblo, no le consentía hacer ostentación de sus ideas. Acaso hubiera sido la miseria del hogar. Se limitó a trabajar y a no engañar a nadie con apariencias de otro tipo.

Entonces yo me encontraba libre para iniciar una orientación social o religiosa. Naturalmente, sentí muy pronto el odio a los que hoy tenemos enfrente. Cuando uno no ha sido amoldado desde la infancia por el egoísmo de las clases altas o la estupidez clerical y cursi de cierta clase media, siente en seguida un desprecio hacia la injusticia de esas conductas.

Yo, muchacho aún, casi un niño, me encontraba sin tener ejemplos ni consejos, sin lecturas políticas ni por qué tenerlas, sin que en mi casa se me indicara terminantemente un camino a seguir; y acepté, ingenuo e inconscientemente, lo que para mí era más fácil, esas fotografías de las revistas.

Recordaré siempre aquellas en que venían hacia acá unos cuantos hombres del brazo, con sombreros hongo o flexibles, con gorras de visera, algunos con capa y boina, que, seguidos de una multitud, caminaban con aire sereno, seguro, decidido y valiente.

Perdicia que aquellas «fotos» no eran del agrado de las gentes cuyos credos sociales y políticos odiaba yo, y para mí resultaba de una gran simpatía: No olvido, por ejemplo, aquel hombre que año tras año iba avanzando hacia una ancianidad entera y enérgica: la barba blanca, el pañuelo al cuello de Pablo Iglesias...

Año tras año, aquella fotografía de cada Primero de Mayo se le fué metiendo en el alma a ese muchacho que era yo. Y cuando un día visité al anciano de la figura prestigiosa, que fue luego buen amigo de mi padre, aquel hombre, sentado en una mecedora, con las sillas llenas de libros, periódicos y papeles para tenerlo todo al alcance de sus ojos torpes movimientos, me hizo recordar en silencio las fotografías de los Primeros de Mayo de mi infancia; y mirando, con mi callar respetuoso, a don Pablo, sentí una extraña evocación, como si se abriera en flor de realidad aquellas adivinaciones infantiles, inquietas, que yo percibía ante las «fotos» de los periódicos ilustrados que llegaban a casa.

ANTONIORROBLES.

Hoy y mañana

Fiesta de Mayo prometidora, en cuya alegre marcha triunfal la fuerte clase trabajadora cantaba un himno de paz social. Ya no festejan hoy el trabajo y el poderoso odio al de abajo.

Constanmente, baja la frente, van los obreros, entre soldados, a los talleres. Son prisioneros ahora explotados. Pobres mujeres su paso miran; lloran, suspiran, besan sus niños, que piden pan, y entre lamentos y entre cariños la triste vida pasando van.

Y un nuevo Mayo, tras Germinal, nos dará un mundo más fraternal. Antonio de LEZAMA, Santiago de Chile, abril de 1950.

Andrés Nin, asesinado sólo una vez

En este Primero de Mayo, quiero recordar brevemente, con la promesa de hacerlo con mayor extensión otra vez, a uno de los combatientes más esforzados y valiosos que ha tenido el movimiento obrero español: Andrés Nin.

En el martirio de la Libertad, en la España del siglo XX, Nin ocupa el primer plano, al lado de Ferrer, Seguí, Zugazagotia, Pichó y Company.

Nin se entregó con fe y sinceridad a la causa socialista. Por ella vivió y murió. Para él, la vida sólo tenía un valor: la lucha denodada por el ideal.

Atraído por la Revolución rusa, cuando esa hecho parecía iniciar una etapa histórica progresiva, se acercó a ella, como tantos otros socialistas, con fervor y esperanza.

Los jefes comunistas de la época de Lenin, a los que más tarde Stalin hizo asesinar fríamente, Trotsky, Zinoviev, Bujarin, Tomski, Kameney, Rikov, descubrieron en Nin, muy joven entonces todavía, una personalidad de talla poco común.

Por sus propios méritos, llegó a ocupar un lugar importante en los medios directivos del Comintern. Cuando los jefes comunistas actuales no eran más que veros a la izquierda —lo son todavía—, o escaristas, en el mejor de los casos, Nin era ya una figura internacional.

Pero los cerros a la izquierda encarnaban la sumisión servil a la tiranía, mientras que Nin, dotado de una gran conciencia responsable, no podía aceptar como socialismo un suceso que no era otra cosa que el más brutal régimen asiático-totalitario.

Y con la misma sinceridad con que, primeramente, se puso al lado de la Revolución rusa, luego combatió con tesón la tiranía staliniana. Se ha creado la leyenda de que Nin era trotskista. No hay tal cosa. El propio Trotsky criticó y combatió a Nin.

Ligado a Trotsky en los primeros tiempos, acabó por separarse de él, porque lo que estaba en tela de juicio —y Trotsky lo entendió nunca—, no era Stalin, sino la deformación cancerosa del socialismo, que es el bolchevismo.

Nin educado políticamente en nuestro país, en donde los combates por la libertad forjaron la trama de su Historia; antiguo miembro del Partido Socialista Obrero Español y de la Confederación Nacional del Trabajo, de la que fue Secretario General, acabó por reencontrarse a sí mismo, y, sintiendo la solidez de su base, se entregó con ardor a la lucha por la libertad y el socialismo, como inseparables.

Pero Moscú ni olvida ni perdona. Quien habiendo estado dentro, tiene un día el atrevimiento de desenmascararlo y combatirlo, está condenado a muerte, irremisiblemente.

Los sicarios de Moscú asesinaron a Nin, en 1937. Perversos, cometieron el crimen en secreto, para difamar luego su nombre y su memoria, propagando invenciones calumniosas.

Porque los comunistas no se contentan con asesinar físicamente. Les interesa mucho más aún el asesinato moral, la aniquilación completa del nombre de sus víctimas.

Mes en Nin, afortunadamente, no pudieron cometer el segundo asesinato.

Nin, moral y espiritualmente, vive para terror de sus asesinos.

Si Matteotti, en Italia, acabó por vencer a Mussolini, Nin, en España, vencerá un día, quizá no lejano, a los fascistas rojos, aliados indirectos de Franco y la Falange.

Joaquín MAURIN, Diputado a Cortes por Laredo, Nueva York, abril, 1950.

Viejos y nuevos residentes

UNO de los problemas más graves que tiene la emigración española en América es la rivalidad entre viejos y nuevos residentes. Al llegar la emigración republicana a Méjico, se encontró con que el núcleo de más poderosa influencia económica, y del que más ayuda moral y material podía esperar, era el español. Pero éste, por motivos que ahora examinaremos, había trocado sus fervorosas adhesiones a la República, por una hostilidad cerril que hicieron brotar los actos poco meditados de dos embajadores republicanos.

Por referencia sabemos que en el Casino Español —centro representativo de los antiguos residentes— no se hacía otra cosa que lo que ordenaba Alvarez del Vayo, embajador de la República, cuya proclamación recibieron con inusitada alegría los viejos residentes españoles de Méjico. En ese Centro era tenido Alvarez del Vayo por el niño mimado de los antiguos residentes, hasta el punto de que éste, haciendo uso indevido de esa amistad, creyó oportuno condonar al Gobierno de Méjico, en trueque a una cláusula que en nada beneficiaba a los perjudicados, la indemnización que correspondía a los residentes españoles que habían sido arrojados por los daños sufridos durante la Revolución. Los representantes de Francia, Inglaterra, Estados Unidos y otros, se apresuraron a defender los intereses de sus connacionales, y aun hoy están obrando éstos las indemnizaciones que le correspondieron. Pero Vayo, sin consultar con los perjudicados —y no sabemos si con conocimiento del Gobierno español—, creyendo destacar con ello sus simpatías con la Revolución mejicana, sumió en la ruina y desesperación a muchas familias españolas. Estos españoles, con algunos de los cuales he-

ros en la economía mejicana. Aun sería más poderosa esta influencia de no haber sido el espíritu de resistencia de la mayoría de la emigración republicana para proyectar grandes empresas que la encadenaran a Méjico, ya que en ésta es permanente la obsesión de la vuelta a España. Pero el abismo que nos separa en política de los viejos residentes tiende a desaparecer en las relaciones sociales y de trabajo, y así vemos a muchos refugiados republicanos, que en nada han enfriado su entusiasmo por la causa republicana, trabajar y tener relaciones sociales y económicas con los viejos residentes. Y muchos, frecuentan sus Centros sociales y de beneficencia, en los que los republicanos españoles ocupan prominentes puestos técnicos y administrativos. ¿Es que no podía hacerse algo para estrechar más las relaciones sociales de viejos y nuevos residentes? Veamos.

Todos los días se habla de la superioridad numérica y dialéctica de la emigración. Incluso se dice que los viejos residentes carecen de ideales, siendo su único afán la conquista de riquezas, cosa que es una verdad a medias. Si la emigración es superior, en todo, ¿por qué nuestro tenor a conquistar la dirección de la colonia española? Todos los días son para nosotros visperas de la liberación de España, cosa que prueba la fortaleza de nuestros sentimientos republicanos, que no consiguen abatirlos ni los más terribles desencuentros. Pero llegada la hora de la liberación que ansiamos, llega la hora trágica de la realidad económica, en sus diferencias. Nuestra deber, si es que de verdad somos superiores en la acción y en las ideas, es el de formar la unión. Orientarla por los caminos de la libertad y de la democracia. Corregir, en la medida de nuestras posibilidades, los defectos de nuestros compatriotas, haciendo también confesión de nuestros errores. A muchos de ellos les gusta hablar de España e informarse de cosas que ignoran. Y aunque a primera vista reaccionan y no dan su brazo a torcer, si nuestros argumentos son sólidos, terminan por darnos la razón. ¿Que esto es una política de apaciguamiento? Nada de eso. Los comunistas, que no reparan en medios para llegar a su fin, cuando necesitan dinero para ayuda del pueblo español, no tienen inconveniente en tender la mano y acercarse a viejos residentes con notorios antecedentes falangistas. Acercámonos a nosotros, no para estafarlos, sino para convencerles del error en que están y de la necesidad de que ellos y nosotros pongamos toda la carne en el asador por salvar a España, tomando ejemplo de lo que en circunstancias anteriores, nos ha hecho y hacen los nacionales de otros países.

L. Romero SOLANO, Diputado a Cortes por Cáceres Méjico.

Hagamos examen de conciencia

El destierro es o debe ser, según creo, propicio a los exámenes de conciencia. Tanto más propio, si se trata de nosotros, desterrados españoles de hoy. Pues muchos hemos consagrado la flor de nuestros años a una empresa política y social, de la que estábamos tan entrañablemente convencidos, como humildemente orgullosos. Y cuando, tras larga y solitaria brega, la vimos florecer, no sólo se nos agostó en las manos, sino que atrajo sobre España el desastre más sangriento y dañino de su dolorosa historia.

En que emplear mejor las horas, hoy sin raíz, que antes consagráramos al malogrado empeño, sino en escudriñarlos, a fin de averiguar si tenemos culpa o culas en tamaña desventura? Escribimos que nada de nuestra política y social, de la que estábamos tan entrañablemente convencidos, como humildemente orgullosos. Y cuando, tras larga y solitaria brega, la vimos florecer, no sólo se nos agostó en las manos, sino que atrajo sobre España el desastre más sangriento y dañino de su dolorosa historia.

Hoy, Primero de Mayo de 1950, quiero estar aquí al lado de los hallazgos de mi propia exploración íntima. Este día de hoy, como hace diecinueve y aun treinta años, creo que el Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores han sido fecundos instrumentos de una labor civilizadora —que cuenta entre las más nobles y vastas de cuantas se entrafanaron en el patrio solar. Creo más, creo que el Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores siguen siendo idóneas herramientas para restaurar en nuestro suelo cuanto fue obra y es ruina, y despear todo camino a la España perdurable.

Este día de hoy, como hace diecinueve y aun treinta años, soy socialista. Dos son las raíces de mi socialismo: libertad y justicia. Sobre todo, libertad. Pues si se concibe —y de hecho, preferiría una sociedad libre, aunque injusta, a una sociedad justa y servil.

Libertad y justicia son, repito, raíces de mi socialismo. Pienso que todo hecho humano, hasta el más personal y anímico, es obra colectiva, producto folklórico. Tanto más las tareas de producir riquezas y bienestar materiales. Lo que entre todos se logra, todos lo deben disfrutar.

Pero pienso además y en primer término, que el único sentido de la vida y de la historia se entrafan en que hombres y pueblos puedan llegar a ser lo que de veras y en potencia son. Y pienso que la apropiación privada, individual o colectiva, de los medios de producción y cambio de riqueza, no sólo engendra la explotación de unos hombres por

otros, de unos pueblos por otros, sino la esclavitud de unos hombres a otros, de unos pueblos a otros; que esa apropiación para sí, por unos entre los hombres —y a veces por uno entre los Estados— se opone al desenvolvimiento pleno de la personalidad de los hombres y pueblos; se opone a la paz posible y a la posible libertad de todos.

Soy, por tanto, socialista, porque soy liberal, humanista y democrata. Y al revés, soy liberal, humanista y democrata, porque soy socialista. Mi materialismo —el materialismo histórico— consiste en el afán de libertar a los hombres de adoración y servidumbre a la materia. Mi socialismo —el socialismo— quiere socializar —y en ocasiones internacionalizar esa materia, por la democracia, para la libertad. Quiere supremacía para el espíritu.

Este que es de libertad y de justicia, esta voluntad de espíritu, esta preocupación por lo puramente humano y este cargarse de sentido ético, de universalismo y de amor popular, siento que me arrajan —hoy como nunca— en el español inmanente, hasta el ínfimo de cuerpo y alma. Siento que el Socialismo es hoy España viva.

Siento que España viva acabará con la muerte. Muerta sobre todo porque mata y pindre. Porque ha zrido y zrita cada día: ¡viva la muerte!

Y toda la historia de España es un ansia de inmortalidad. Alfredo NISTAL, Santiago de Chile, abril, 1950.

El segundo hecho que contribuyó al total distanciamiento de los viejos residentes con la República española, fue un discurso poco meditado del señor Gordón Ordás, donde éste, contribuyó a exasperar más su hostilidad, sin tener en cuenta que fueron también viejos residentes los que habían constituido un Frente Popular para ayudar a la República española.

Pero hoy ya, con once años de residencia de la emigración republicana, el problema presenta otros aspectos que es necesario examinar. Lo mismo que la emigración republicana ocupa puestos preeminentes en la radio, en el cine, en la cátedra, en la banca —aunque no sean más que asesores, técnicos o corresponsales—, también ocupan los viejos residentes los que habían constituido un Frente Popular para ayudar a la República española.

Pero hoy ya, con once años de residencia de la emigración republicana, el problema presenta otros aspectos que es necesario examinar. Lo mismo que la emigración republicana ocupa puestos preeminentes en la radio, en el cine, en la cátedra, en la banca —aunque no sean más que asesores, técnicos o corresponsales—, también ocupan los viejos residentes los que habían constituido un Frente Popular para ayudar a la República española.

Hagamos examen de conciencia

El destierro es o debe ser, según creo, propicio a los exámenes de conciencia. Tanto más propio, si se trata de nosotros, desterrados españoles de hoy. Pues muchos hemos consagrado la flor de nuestros años a una empresa política y social, de la que estábamos tan entrañablemente convencidos, como humildemente orgullosos. Y cuando, tras larga y solitaria brega, la vimos florecer, no sólo se nos agostó en las manos, sino que atrajo sobre España el desastre más sangriento y dañino de su dolorosa historia.

Hagamos examen de conciencia

El destierro es o debe ser, según creo, propicio a los exámenes de conciencia. Tanto más propio, si se trata de nosotros, desterrados españoles de hoy. Pues muchos hemos consagrado la flor de nuestros años a una empresa política y social, de la que estábamos tan entrañablemente convencidos, como humildemente orgullosos. Y cuando, tras larga y solitaria brega, la vimos florecer, no sólo se nos agostó en las manos, sino que atrajo sobre España el desastre más sangriento y dañino de su dolorosa historia.

En que emplear mejor las horas, hoy sin raíz, que antes consagráramos al malogrado empeño, sino en escudriñarlos, a fin de averiguar si tenemos culpa o culas en tamaña desventura? Escribimos que nada de nuestra política y social, de la que estábamos tan entrañablemente convencidos, como humildemente orgullosos. Y cuando, tras larga y solitaria brega, la vimos florecer, no sólo se nos agostó en las manos, sino que atrajo sobre España el desastre más sangriento y dañino de su dolorosa historia.

Hoy, Primero de Mayo de 1950, quiero estar aquí al lado de los hallazgos de mi propia exploración íntima. Este día de hoy, como hace diecinueve y aun treinta años, creo que el Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores han sido fecundos instrumentos de una labor civilizadora —que cuenta entre las más nobles y vastas de cuantas se entrafanaron en el patrio solar. Creo más, creo que el Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores siguen siendo idóneas herramientas para restaurar en nuestro suelo cuanto fue obra y es ruina, y despear todo camino a la España perdurable.

Este día de hoy, como hace diecinueve y aun treinta años, soy socialista. Dos son las raíces de mi socialismo: libertad y justicia. Sobre todo, libertad. Pues si se concibe —y de hecho, preferiría una sociedad libre, aunque injusta, a una sociedad justa y servil.

Libertad y justicia son, repito, raíces de mi socialismo. Pienso que todo hecho humano, hasta el más personal y anímico, es obra colectiva, producto folklórico. Tanto más las tareas de producir riquezas y bienestar materiales. Lo que entre todos se logra, todos lo deben disfrutar.

Pero pienso además y en primer término, que el único sentido de la vida y de la historia se entrafan en que hombres y pueblos puedan llegar a ser lo que de veras y en potencia son. Y pienso que la apropiación privada, individual o colectiva, de los medios de producción y cambio de riqueza, no sólo engendra la explotación de unos hombres por

otros, de unos pueblos por otros, sino la esclavitud de unos hombres a otros, de unos pueblos a otros; que esa apropiación para sí, por unos entre los hombres —y a veces por uno entre los Estados— se opone al desenvolvimiento pleno de la personalidad de los hombres y pueblos; se opone a la paz posible y a la posible libertad de todos.

Soy, por tanto, socialista, porque soy liberal, humanista y democrata. Y al revés, soy liberal, humanista y democrata, porque soy socialista. Mi materialismo —el materialismo histórico— consiste en el afán de libertar a los hombres de adoración y servidumbre a la materia. Mi socialismo —el socialismo— quiere socializar —y en ocasiones internacionalizar esa materia, por la democracia, para la libertad. Quiere supremacía para el espíritu.

Este que es de libertad y de justicia, esta voluntad de espíritu, esta preocupación por lo puramente humano y este cargarse de sentido ético, de universalismo y de amor popular, siento que me arrajan —hoy como nunca— en el español inmanente, hasta el ínfimo de cuerpo y alma. Siento que el Socialismo es hoy España viva.

Siento que España viva acabará con la muerte. Muerta sobre todo porque mata y pindre. Porque ha zrido y zrita cada día: ¡viva la muerte!

Y toda la historia de España es un ansia de inmortalidad. Alfredo NISTAL, Santiago de Chile, abril, 1950.

El segundo hecho que contribuyó al total distanciamiento de los viejos residentes con la República española, fue un discurso poco meditado del señor Gordón Ordás, donde éste, contribuyó a exasperar más su hostilidad, sin tener en cuenta que fueron también viejos residentes los que habían constituido un Frente Popular para ayudar a la República española.

Pero hoy ya, con once años de residencia de la emigración republicana, el problema presenta otros aspectos que es necesario examinar. Lo mismo que la emigración republicana ocupa puestos preeminentes en la radio, en el cine, en la cátedra, en la banca —aunque no sean más que asesores, técnicos o corresponsales—, también ocupan los viejos residentes los que habían constituido un Frente Popular para ayudar a la República española.

Pero hoy ya, con once años de residencia de la emigración republicana, el problema presenta otros aspectos que es necesario examinar. Lo mismo que la emigración republicana ocupa puestos preeminentes en la radio, en el cine, en la cátedra, en la banca —aunque no sean más que asesores, técnicos o corresponsales—, también ocupan los viejos residentes los que habían constituido un Frente Popular para ayudar a la República española.

Hagamos examen de conciencia

El destierro es o debe ser, según creo, propicio a los exámenes de conciencia. Tanto más propio, si se trata de nosotros, desterrados españoles de hoy. Pues muchos hemos consagrado la flor de nuestros años a una empresa política y social, de la que estábamos tan entrañablemente convencidos, como humildemente orgullosos. Y cuando, tras larga y solitaria brega, la vimos florecer, no sólo se nos agostó en las manos, sino que atrajo sobre España el desastre más sangriento y dañino de su dolorosa historia.

Hagamos examen de conciencia

El destierro es o debe ser, según creo, propicio a los exámenes de conciencia. Tanto más propio, si se trata de nosotros, desterrados españoles de hoy. Pues muchos hemos consagrado la flor de nuestros años a una empresa política y social, de la que estábamos tan entrañablemente convencidos, como humildemente orgullosos. Y cuando, tras larga y solitaria brega, la vimos florecer, no sólo se nos agostó en las manos, sino que atrajo sobre España el desastre más sangriento y dañino de su dolorosa historia.

En que emplear mejor las horas, hoy sin raíz, que antes consagráramos al malogrado empeño, sino en escudriñarlos, a fin de averiguar si tenemos culpa o culas en tamaña desventura? Escribimos que nada de nuestra política y social, de la que estábamos tan entrañablemente convencidos, como humildemente orgullosos. Y cuando, tras larga y solitaria brega, la vimos florecer, no sólo se nos agostó en las manos, sino que atrajo sobre España el desastre más sangriento y dañino de su dolorosa historia.

Hoy, Primero de Mayo de 1950, quiero estar aquí al lado de los hallazgos de mi propia exploración íntima. Este día de hoy, como hace diecinueve y aun treinta años, creo que el Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores han sido fecundos instrumentos de una labor civilizadora —que cuenta entre las más nobles y vastas de cuantas se entrafanaron en el patrio solar. Creo más, creo que el Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores siguen siendo idóneas herramientas para restaurar en nuestro suelo cuanto fue obra y es ruina, y despear todo camino a la España perdurable.

Este día de hoy, como hace diecinueve y aun treinta años, soy socialista. Dos son las raíces de mi socialismo: libertad y justicia. Sobre todo, libertad. Pues si se concibe —y de hecho, preferiría una sociedad libre, aunque injusta, a una sociedad justa y servil.

Libertad y justicia son, repito, raíces de mi socialismo. Pienso que todo hecho humano, hasta el más personal y anímico, es obra colectiva, producto folklórico. Tanto más las tareas de producir riquezas y bienestar materiales. Lo que entre todos se logra, todos lo deben disfrutar.

Pero pienso además y en primer término, que el único sentido de la vida y de la historia se entrafan en que hombres y pueblos puedan llegar a ser lo que de veras y en potencia son. Y pienso que la apropiación privada, individual o colectiva, de los medios de producción y cambio de riqueza, no sólo engendra la explotación de unos hombres por

otros, de unos pueblos por otros, sino la esclavitud de unos hombres a otros, de unos pueblos a otros; que esa apropiación para sí, por unos entre los hombres —y a veces por uno entre los Estados— se opone al desenvolvimiento pleno de la personalidad de los hombres y pueblos; se opone a la paz posible y a la posible libertad de todos.

Soy, por tanto, socialista, porque soy liberal, humanista y democrata. Y al revés, soy liberal, humanista y democrata, porque soy socialista. Mi materialismo —el materialismo histórico— consiste en el afán de libertar a los hombres de adoración y servidumbre a la materia. Mi socialismo —el socialismo— quiere socializar —y en ocasiones internacionalizar esa materia, por la democracia, para la libertad. Quiere supremacía para el espíritu.

Este que es de libertad y de justicia, esta voluntad de espíritu, esta preocupación por lo puramente humano y este cargarse de sentido ético, de universalismo y de amor popular, siento que me arrajan —hoy como nunca— en el español inmanente, hasta el ínfimo de cuerpo y alma. Siento que el Socialismo es hoy España viva.

Siento que España viva acabará con la muerte. Muerta sobre todo porque mata y pindre. Porque ha zrido y zrita cada día: ¡viva la muerte!

Y toda la historia de España es un ansia de inmortalidad. Alfredo NISTAL, Santiago de Chile, abril, 1950.

Juan Antonio SOLARI, Secretario general de E. Socialista de la Argentina, Buenos Aires, abril, 1950.

UN SALUDO

ASÍ como España se encuentra en el extremo sudeste de Europa, Austria, por sus vicisitudes posteriores a la segunda guerra mundial, ha pasado del corazón de la Europa central al límite oriental europeo, casi rodeada por un régimen de dictadura comunista. Los socialistas españoles y austriacos han sido los únicos que han defendido en sus países la democracia con las armas. Ambos, al principio, infructuosamente.

Durante la época en que los socialistas austriacos permanecían en prisión, escuchaban con entusiasmo las noticias de los combates de los democratas españoles y vivieron con el corazón palpitante las horas de lucha en España,